
JOSÉ WATANABE

Historia Natural



Lima/Perú

Pe 861-4
W324h

© 1944, José Watanabe Varas
© 1994, PEISA
Promoción Editorial Inca S.A.
Av. Dos de Mayo 1285, Lima 27, Perú

Derechos exclusivos.
Prohibida la reproducción parcial o total
sin autorización de los editores.

Portada y dibujos interiores:
EDUARDO TOKESHI

Impresión: INDUSTRIALgráfica S.A. Impresores
Chavín 45, Lima 5, Perú

*A mi hermana Dora,
desde hace tiempo.*

dom | 15-dic-2000

BCE 6k-2000

LA ZARZA

*Regreso a mi pueblo:
Todo lo que encuentro y toco
se vuelve zarza.*

KOBAYASHI ISSA



LA ESTACIÓN DEL ARENAL

La prodigiosa lagartija corre
y ya no la veo más.

Oculto entre el color del médano, imperturbable, me observa
mientras el halcón huye de la resolana
y la arena cae suavemente desde las trombas de aire
sobre nadie.

Ningún ruido la inquieta. Huiría
si resonara en el aire lo que confusamente está dentro de mí: ^{7/c}
Discrimino una campana, la estridencia
de un tren

y un balido de oveja sobre las espaldas de un viajero.
Esta era la estación del arenal.

Queda un trecho de la vía desdibujada por la herrumbre,
un durmiente se quiebra como una hojarasca,
y ninguna sombra: El desierto calcinó los ficus
y sembró
sus propias plantas de largas espinas que se ensañan
en el esqueleto de una cabra.

Aquí la única sustancia viva es la arena, y nadie
que duerma en las bancas rotas del andén
la sacude de su sombrero.

Abandono este lugar. Y yéndome siento una porosidad en mi
[propio cuerpo,
una herencia: Aquí mi madre ofrecía su vendeja de frutas
a los viajeros. La siento correr

a mis espaldas
como un cuerpo de arena
que sin cesar se arma y se desintegra con su canasta.

EN EL DESIERTO DE OLMOS

El viejo talador de espinos para carbón de palo
cuelga en el dintel de su cabaña
una obstinada lámpara de querosene,
y sobre la arena
se extiende un semicírculo de luz hospitalaria

Este es nuestro pequeño espacio de confianza.

Más allá de la sutil frontera, en la oscuridad,
nos atisba la repugnante fauna que el viejo crea,
los imposibles injertos de los seres del aire y la tierra
y que hoy son para su propio y vivo miedo:

La imaginación trabaja sola, aun en contra.

La iguana sí es verdadera, aunque mítica. El viejo la decapita
y la desangra sobre un cacharro indigno,
y el perro lame la cuajarada roja como si fuera su vicio.

Rápida es olorosa
la blanca carne de la iguana en la baqueta de asar.
El viejo la destaza y comemos
y el perro espera paciente los delicados huesos.

Impensadamente
arrojo los huesos fuera de la luz
y tras ellos el animal entra en el país nocturno y enemigo.

EN EL CAUCE VACÍO

En verano,
según ley de aguas, el río Vichanza no viene a los
[cañaverales.
Los parceleros lo detienen arriba
y lo conducen al panllevar.
Aquí en el cauce queda fluyendo una brisa, un río
invisible.
Camino pisando los cantos rodados enterrados en el limo
y mirando los charcos donde sobreviven diminutos peces
[grises
que muerden el reflejo de mi rostro.
Los pequeños sorbedores de mocos ya no los atrapamos en
[botellas.
Tampoco tejemos trampas para camarones
y nuestro lejano bullicio se esfuma
sin dolor.
Supuse más dolor. En el regreso todo se convierte en zarza,
dijo Issa.
Pero yo camino extrañamente aliviado,
ni herido ni culposo,
por el cauce
en cuyas altas paredes asoman raíces de sauces. Las muerdo
y este sabor amargo es la única resistencia que hallo
mientras avanzo contra la corriente.

CAMPOSANTO

Por dejadez de municipio
 el muro perimétrico que guardaba a los muertos
 es un largo escombros de adobes.
 Era alto y detenía al viento
 que ahora dispersa y confunde a su antojo
 las ofrendas que dejamos sobre la tierra combada de las
 [tumbas.

Las flores viajan de un muerto a otro, o naranjas
 resacas
 o bocadillos podridos en hojas de plátano.
 Los deudos callamos
 porque la muerte al fin está redistribuyendo todo entre todos.))

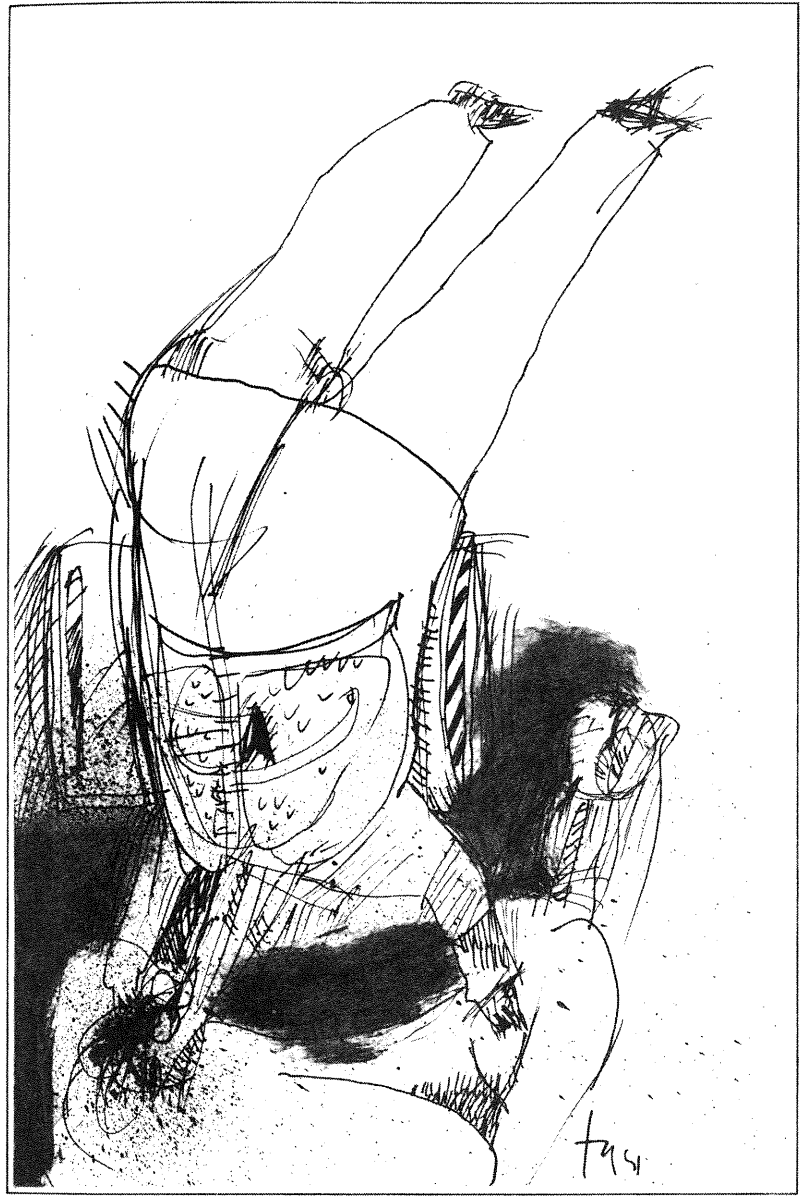
Todavía no es escombros una alta y robusta columna de barro.
 Resiste

y se yergue
 coronada por una gran esfera revocada con yeso.
 Las grietas y desprendimientos del revoque
 le han dibujado duras facciones casuales,
 y la columna es un ángel marcial y mutilado de alas,
 un resentido.

En las tardes, cuando la luz desciende en haces, bíblica,
 él, perverso, dice que no,
 pero la luz penetra los túmulos hasta tocar la frente de los
 [muertos

para decirles que sí,
 que la promesa sí.

EL OTRO CUERPO



EL CIERVO

El ciervo es mi sueño más recurrente. ¹¹
Siendo animal de manada aparece mirándome con alzada
y orgullo
de hombre solo.
A media distancia pasta en un espacio pequeño, y alrededor
todo petrificado, ningún cuerpo
de carne
que se le compare.
El ciervo se mueve como articulado por fuertes elásticos
internos
que convergen en un poderoso órgano desconocido y central.
De allí su caminar gracioso
que disimula su enorme fuerza
elástica, su potencial
de vuelo.
Imaginemos la eventualidad de un cazador y de un certero
[disparo,
ya el ciervo está desarrollando su instantáneo salto
en el cielo.
La jauría sólo llegará a su primera sangre, a la sorprendida,
y luego no lamerá
ninguna
porque en el ascenso
el ciervo curará su herida
con simple
saliva.

Y aterrizado y salvo aparecerá otra noche en mi sueño
 de hipocondriaco.
 Mi miedo volverá a cubrirlo de atributos
 de inmortal. Y así mirándolo
 yo mismo me miro
 pero sólo en mi sueño
 porque la voz de mi vigilia no entra allí, y el ciervo
 nunca oye
 mi cólera:
 No eres de vuelo y morirás en el suelo, mordido
 por los perros!

LA ORUGA

Te he visto ondulando bajo las cucardas, penosamente,
 [trabajosamente,
 pero sé que mañana serás del aire.

Hace mucho supe que no eras un animal terminado
 y como entonces
 arrodillado y trémulo
 te pregunto:
 Sabes que mañana serás del aire?
 Te han advertido que esas dos molestias aún invisibles
 serán tus alas?
 Te han dicho cuánto duelen al abrirse
 o sólo sentirás de pronto una levedad, una turbación
 y un infinito escalofrío subiéndote desde el culo?

Tú ignoras el gran prestigio que tienen los seres del aire
 y tal vez mirándote las alas no te reconocas
 y quieras renunciar,
 pero ya no: Debes ir al aire y no con nosotros.

Mañana miraré sobre las cucardas, o más arriba.
 Haz que te vea,
 quiero saber si es muy doloroso el aligerarse para volar.
 Hazme saber
 si acaso es mejor no despegar nunca la barriga de la tierra.

LAS RODILLAS

Los potrillos abreven. Sorben agua y enseguida alzan el
[cuello

y respiran la luz.

En este sereno ramal del río Moche la luz es respirable.

Los caballos

ya saciados

van a frotarse los flancos contra la corteza de los pinos,

placer que les sacude graciosamente las jetas.

Arriba hay dura grava,

pero los caballos y yo descansamos en la yerba que se tiende

y crea la pequeña pradera

por donde transcurre el agua y donde la luz

danza.

Este ramal fue abierto por los chimús,

pero en el siglo XVII fue sepultado por una rodante pedrea

de terremoto.

Los huanchaqueros dicen que su Deán, Don Antonio de

[Saavedra,

al ver los sembríos muertos,

se arrodilló delante del agua represada

y así avanzó, rompiendo las piedras con sus rodillas, y el

[agua

como perro

lo seguía.

Y yo miro mis rodillas, la unión de mis huesos

más duros, y la luz

las abrillanta, les miente poder, las decanta
riscosas

como el vestigio
del cuerpo consistente que nunca tuve, ese cuerpo
no quebradizo

que sueño para mi vulnerable blandura.
Nunca fui de materia más consistente. Y el sueño
es tan compasivo como inútil.

En una urna de la iglesia de Huanchaco
está el esqueleto del Deán de Saavedra. Estoy seguro
que sus sagradas rodillas
también se dispersarían como polvo en esta luz.

EL GATO

Estoy esperando la vuelta del gato desconocido
que cruzó el alféizar de mi ventana.

El alféizar corre a lo largo de varias ventanas. No tiene
otro camino. Volverá
y esta vez mi imagen le será más cordial.

Pasó arrogante como un bello inmortal. Los gatos ignoran
la contingencia de los torpes,
tropezar y caer.

Miden tan bien sus pasos cuando cazan o fugan, y nunca
nunca cara de extraviados. Así nos infunden en la mente
su propio mito.

Y los mininos de viejas no los contradicen
porque gato es gato, dignísima fiera cuando la vieja duerme.

Los gatos son peligrosos para la poesía, pronto
acumulan adjetivos, mucho provocan, mucho seducen.
Por eso no espero limpiamente la vuelta del gato,
la mucha belleza me hace siempre perverso. Y digo:
está caído en la vereda, inmóvil, dirigiendo
hacia mi altísima ventana
su última y fosforescente mirada.

EL PUENTE

Las columnas herrumbradas por el aire delgado
de la altura
suben desde las pendientes de la quebrada y sostienen con
[gruesos remaches
los travesaños de hierro.

Hay miles de remaches en la estructura del puente
pero en el centro hay uno solo fijando el encuentro
de todas las fuerzas, uno solo, insospechado y firme,
evitando que el mundo se venga abajo.

Aquí alguna vez un hombre se sentó a horcajadas, hercúleo,
sobre el abismo

y selló el remache decisivo, acero al rojo y con esquirlas.

Imagina la acción tensa y peligrosa de su brazo
golpeando acompasado

como si nos transmitiera serenamente un mensaje:

Nadie asegura el mundo en su contra.

El remache

permite el paso del tren de los metales y del tren de los
[migrantes.

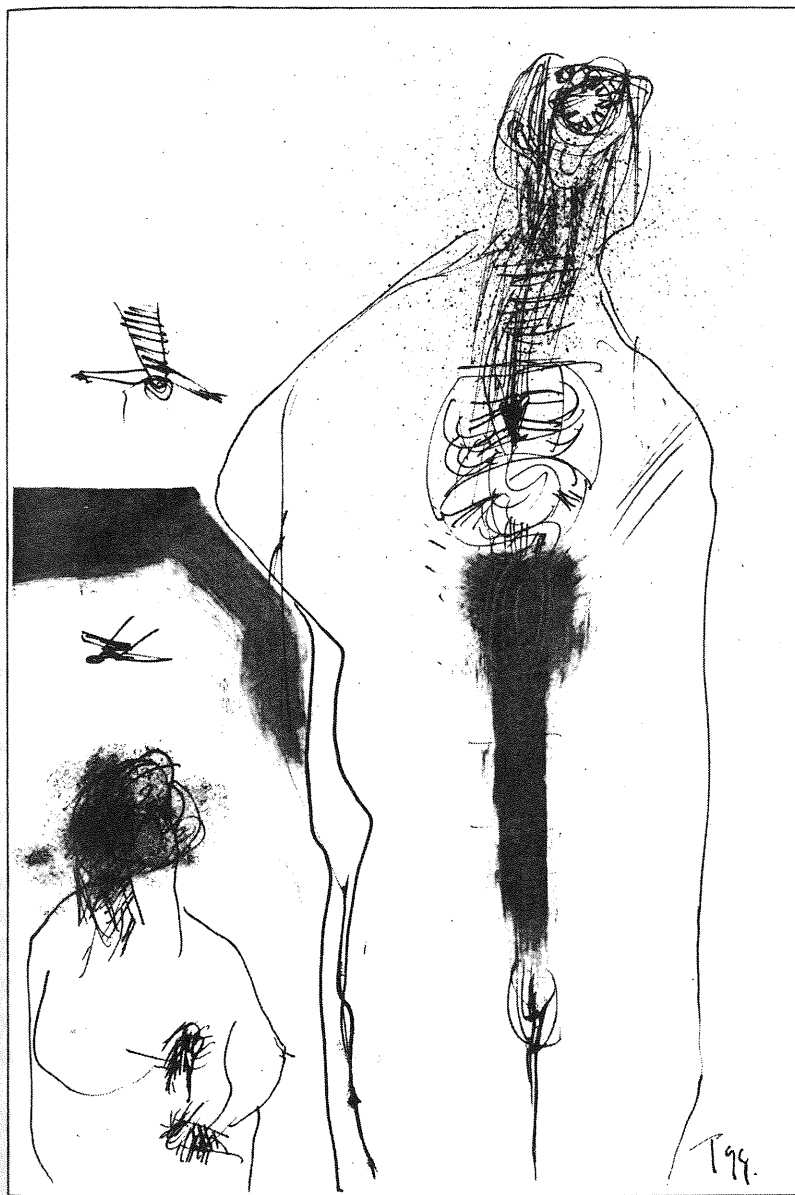
y el paso contrario de los que vamos a mirar sus paisajes y
[cortamontes.

Y mientras cruzas el puente y miras aterrado el vacío del
[desfiladero

siente el interminable poder de ese hombre,
pero imagínalo después caminando como cualquiera,

sin alardes,
hacia los viejos campamentos desmontados
donde durmió sobre un pellejo su sincero cansancio.

HISTORIA NATURAL



LA CURA

El cascarón liso del huevo
sostenido en el cuenco de la mano materna
resbalada por el cuerpo del hijo, allá en el norte.
Eso vi:

Una mujer más elemental que tú
espantando a la muerte con ritos caseros, cantando
con un huevo en la mano, sacerdotisa
más modesta no he visto.
Yo la miraba desgranar sobre su regazo
los maíces de la comida
mientras el perro callejero se disolvía en el relente del sol
lamiendo
el dolor arrojado a la tierra
junto con el huevo del milagro.
Así era. La vida pasaba sin aspavientos
entre gente parca, padre y madre
que me preguntaban por mi alivio. El único valor
era vivir.
Las nubes pasaban por la claraboya
y las gallinas alineaban en su vientre sus santas ovas
y mi madre esperaba nuevamente el más fresco huevo
con un convencimiento:

La vida es física.

Y con ese convencimiento frotaba el huevo contra mi cuerpo
y así podía vencer.

En ese mundo quieto y seguro fui curado para siempre.
 En mí se harán todos los milagros. Eso vi,
 qué no habré visto.

EL ESQUELETO

Un hueso y otro hueso, los innumerables,
 están unidos por el delgado alambre que atraviesa
 el canal donde estuvo el tuétano.
 Y así cuelga
 y yo sólo puedo confirmar que cuelga solamente.
 No puedo atribuirle desgano, indiferencia o desdén.
 Él ya está libre de esos ánimos nuestros. La carne
 ya los ha pagado.
 Mi amigo lo compró para su didáctica de médico
 y es irrespetuoso con él
 por miedo.
 Yo lo zarandeo amistosamente
 al pasar
 y mi gesto tampoco lo ofende, sólo se balancea,
 y debiera oírse una alegría,
 como la dulce y múltiple algazara
 del móvil o quitasueño del niño de mi amigo.
 Mas nada suena
 y de súbito
 se propicia otro niño:
 Dormita enfermo en una cueva abierta hacia la noche
 y no oye la algazara
 sino el ruido insoportable de sonajas óseas
 y la advertencia
 del curandero que grita borracho y aterrado:

Despierta y pelea, muchachito, la puta
de los huesos
ya viene!

LA BICICLETA

El monociclo es del chimpancé para sus gracias de circo
y el monstruoso tándem de los matrimonios bien
[coordinados.
Yo sólo quería una bicicleta de paseo, lenta, meditativa.
No una bicicleta de competencia:
Mi modo es más pausado, es necesario tiempo
para las cortesías de paso.
Nunca tuve esa bicicleta, pero me apena ahora
verla desmembrada en este sucio taller.
El viejo reparador me observa tocar lentamente cada pieza:
Bellas ruedas
radioladas
que bien existen solas aunque no sirvan para nada,
el cuerpo central perfecto como un ideograma,
el timón como astas de un animal que se ha expuesto mucho
al viento en contra
y la montura como amable palma que levanta
y aún sus negras cámaras
colgando viscerales, el rasgo repulsivo
de su belleza.
Nunca tuve esa bicicleta y eso explica
que hasta hoy no haya elaborado una filosofía
más allá de los nerviosos animales que he cabalgado,
y siempre serán el burro, el perro y el chivo.

LA SILLA PEREZOSA

Tú que corres haciendo tanto ruido inútil
siéntate en esta perezosa vacía y descansa.
Después llamarás a esta calle la calle de las perezosas.
Hoy no es el último día del mundo, el tiempo
no ha pasado huyendo como un conejo
y los anuncios
son anuncios de nada.
Deja que se pudra en el atrio de la iglesia el carnero bicéfalo
y que las madres cobijen hijos muertos
como huevos inútiles.
La bestia del milenio aún no ha nacido
y la fatalidad no es inminente.
Tú, asustado muchacho, ven y reposa
y sigue el tiempo del carpintero:
Toca una perezosa, allí está tu tiempo.

Y mis manos aprecian la madera trabajada con lentitud y
[conciencia
y sienten otras manos teñidas de resina de cedro
que impulsaron
con justo ritmo
el cepillo
sobre los listones cuya rectitud geométrica y ética
estaba en el ojo entrecerrado del maestro.

En la canastilla de mimbre hay papas amontonadas:
 Tienen lejanos relieves faciales
 y están velando en la penumbra
 con sus ojillos hundidos
 y sucios de tierra.

Míralas conmigo, incompasivo lector:
 Cualquier papa soy yo, el primario,
 acaso nonato, y quién sabe si ya picado.

A LOS '70s

Miro las gotas que la humedad condensa lentamente
 en el vidrio de mi ventana.

Detrás de las gotas pasa un muchacho con un James Dean
 en la camiseta.

James Dean, el mismo, el que nos decía
live soon, death soon

(apenas sabíamos inglés pero lo entendíamos demasiado
 [bien])

Mi ciudad era rápida, cada día más rápida,
 tenía veredas como fajas continuas,

pero nosotros éramos más veloces.

Qué iba a estar quieto mirando gotas en el vidrio de una
 [ventana,

qué iba a estar tan cómodamente
 de este lado

donde el calor de mi habitación me permite actos ociosos,
 el índice

adelantándose

al camino de una y otra gota que se funden y resbalan.

Prevenir el camino parece posible, veo, casi toco

las gotas,

pero el dedo nunca acierta: El agua está del otro lado.

CANCIÓN DEL PESCADOR DOMINICAL

Dejo el anzuelo en el mar, 100 metros abajo,
y en la punta del acantilado

una piedra recalentada
calienta mis flacas piernas y mi día permitido de sosiego,
Aquí espero mi parte de tajada, mi pez flaco y desbocado.
Y esta habilidad no es fácil
más todavía en este pequeño terreno, en la punta del

[despeñadero.

El mar nunca será una orquesta coherente, abajo
rompe las piedras y el espinazo de los peces lentos, y la sal
muerde el agua dulce de los ríos,

y la ventana

y el candado

son trabados por la sal, más dura en el invierno.

Sin embargo, hoy es verano

y domingo

y las damas en la playa reciben el sol de su belleza

y algunos gimnastas practican el retcozo del corpore sano.

En verdad, es un día muy bello.

Aquí no es imaginable la gran serpiente de los dibujos

[medievales.

La única crueldad que el mar me permite es ensartar

[pequeños peces.

desde la punta del acantilado, sitio difícil,

donde construyo a duras penas mi zona de seguridad

y espero como en ascuas mi tajada, mi sueldo.

LA DESHABITADA

Interminable
pleito entre herederos mantenía la casona deshabitada y en
[escombros.
Yo pasaba el ocioso día en un altillo vecino
y de ventana siempre abierta a la casona.
Cuando escribía, la contemplaba sin propósito
o buscando palabras para el poema.
En su imperceptible destrucción,
puertas y ventanas
perdían lentamente la escuadra, y pilares y vigas
dibujaban cruces que el salitre del mar cercano ennegrecía.
Una hiedra entraba en las habitaciones
como mirando
y se tejía con abuso en la quincha desconchada.
Las alimañas, confiando en la desolación, dejaron de
[pigmentarse
y a mi ventana trepaban cucarachas blancas
que yo mataba con terror.
El suelo se ablandaba y el gran dibujo geométrico
en las baldosas del patio
se fruncía, quería ser espiral, esperaba
el gran remolino que llevaría todo hacia el centro de la
[tierra.
El gran remolino vendría, sin duda, y violento.
Ante el lentísimo hundimiento de la casona,
mi altillo lucía más elevado y consistente.

Yo estaba a salvo, pero mis ojos
 que siempre saben más
 descubrieron
 que yo miraba la casona con afinidad callada
 o con aquello que las imperturbables matemáticas llaman
 el común denominador.



A TUS OREJAS

Tus orejas eran mi único y suficiente auditorio
 cuando estaban a ambos lados de tu atentísima cabeza.
 Pero anoche no vi tu cabeza, sólo tus orejas
 como dos mariposas, dos caracoles, dos ranitas estrujadas.
 No debería usar símiles para hablar de tus orejas
 porque vinieron a mi sueño solamente orejas como tales,
 desnudas,
 como propiamente.

Mas el inconforme lenguaje prefiere nombrarlas
 con figuras, con efímeros
 prodigios.

Pero estos pequeños prodigios nunca cautivaron tus blancas
 [orejas

sino los que reverencia la antropología, el folklore
 y seguramente el miedo,
 historias de asombro, mitos del pendejo pueblo mío.
 Cuéntame, decías,

y a tu pedido la memoria popular era para el introito.
 Y si más prodigiosa la historia, de más lejos era yo.
 Amabas al recóndito

aunque con el estimulante recelo de tus ojos
 y de tu cuerpo que lentamente se rendía
 para que –como quieren los Amarus– lo de abajo esté arriba.

LA ARDILLA

Una ardilla cumplida, diaria, viene a mi balcón.
 Recoge nerviosamente el pan que le dejo y huye al bosque.
 Su huida es como guiada
 por otra ardilla que sale de sí misma y la antecede
 un segundo
 siempre,
 y aún detrás de ella va dejando otra, un ágil trazo
 que se desvanece milagrosamente en el aire ordinario.
 Así la ardilla va como un curioso juego óptico de veloces
 [figuras
 que nunca encajan.
 Es como la vibración de alguien que corre detrás de una
 [verja.

Este fue un ejercicio muy subjetivo de descripción
 que escribí antes de la cirugía en un hospital de Hannover.
 Quedó inconcluso
 porque no supe conducir con claridad su sentido.
 Tal vez quise hablar de los animales de vida vibrátil
 y también capaces de ser de quietud
 como la ardilla que se recoge en el fondo de una cueva
 e hiberna
 fetal
 casi muerta
 y el tiempo transcurre, pero no para ella.
 O acaso quise hablar de resurrecciones. Yo buscaba

ESTE OLOR, SU OTRO

Mi hermana mayor pica perejil
con habilidad que se diría congénita,
y el olor viaja instantáneo a fundirse
con su otro.

Su otro está en una lejana canasta de hierbas de sazón
que bajaba del techo, una canasta
ahora piedra fósil

suspendida
en el aire de nuestra cocina que se acabó.
El perejil anunciaba a mi padre, Don Harumi,
esperando su sopa frugal.

Gracias de este país:

Un japonés que no perdonaba
la ausencia en la mesa de ese secreto local de cocina!
Creo que usted adentraba ese secreto en otro más grande
para componer la belleza de su orden casero
que ligaba
familia y usos y trucos de esta tierra.

Los hijos de su antiguo alrededor
hoy somos comensales solos
y diezmados
y comemos la cena del Día de los Difuntos
esparciendo
perejil en la sopa. Ya la yerba sólo es sazón, aroma
sin poder,
nuestras casas, Don Harumi, están caídas.

ALREDEDOR DE MI HERMANO JUAN (i.m.)

Nunca hemos estado tan callados, nunca con las manos así,
quietas y tontas sobre las faldas. Sin embargo, mira:
Otras manos nacen de nuestros hombros y se toman, hacen
ruedo
y tu quedas en el centro, pero tendido, desgano, sin jugar.
Ni siquiera muerdes la cristalina fruta del chimbil.
No parece fruta de cactus ni nosotros, sin los aspavientos
de la circunstancia, tus hermanos.
Según costumbre, han colgado una lámpara en la puerta de
[la calle.

Ves en la plaza un ángel
que refulge más que cien lámparas?
Un amigo psiquiatra me ha dicho que es un sueño
[compensatorio.

Si puedes verlo ahora, dínoslo
con una señal mínima, no rompas tu serenidad
por una noticia que probablemente ya no nos consuele.
La bicicleta que compraste trabajando en el desyerbe
ha venido
y se ha parado en la puerta como un flaco caballo.
Tú dirás que yo arreglo las cosas,
pero hay una paloma dormida en su montura.
Oyes en la habitación contigua
el apurado traqueteo de la máquina de coser?
Es mamá
que entalla su viejo traje negro a su nuevo encorvamiento.

Nuestra antigua batea se ve bastante desubicada
 en esta casa de aspirante clase media, pero ahora tú ves
 el cuerpo que allí se baña, el cuerpo de siempre,
 incorrupto en agua de eucalipto.
 Algún día todos seremos ese cuerpo, los ocho a tu alrededor.
 Hoy entra tú en él como en una cripta viva.

MAMÁ CUMPLE 75 AÑOS

Cinco cuyes han caído
 degollados, sacrificados, a tus pies de reina vieja.
 Sangre celebra siempre tu cumpleaños, recíbela
 en una escudilla
 donde pueda cuajar un signo brillante
 además del cuchillo.
 La bombilla de luz coincide con tu cabeza dormida
 y te aureola: Comenzamos a quererte
 con cierta piedad,
 pero tus ojos
 tus ojos se abren rápidos como avisados, y revive en ellos
 un animal de ternura demasiado severa.
 Tus ojos de ajadísimo alrededor
 son el resto indemne
 del personaje central que fuiste entre nosotros,
 cuando alta y enhiesta
 alargabas el candil hacia la oscuridad
 y llamabas susurrando
 a nadie. Las sombras en el muro y los gatos
 detrás de la frontera terrible
 eran inocentes. Tú, señora, eras el miedo.

Cinco cuyes pronto estarán servidos en la mesa.
 Otros eran los del rito curador, los de entrañas abiertas y
 [sensitivas]

que revelaban nuestras enfermedades.
Estos son de diente, de presa. No dirán
que tú eres nuestra más antigua dolencia.

LA MURIENTE

Tus hijas pasan llevándote olorosas sopitas
para alimentar tu vaga substancia:
Oh, ya eres de agua, de casi nada, de agua
o de lentos movimientos como esculturas de la consunción.
Yo entro a tu cuarto de muriente suavizando mi presencia
y mirándote de soslayo:

Si te miro de frente siento que soy tu testigo perverso.

Tu antigua y deslumbrante perspicacia aún vive
y sabes que cuando tu cuello se alarga buscando el aire
yo ruego que se alargue hacia el mito:

Tú decías que las cabezas se arrancaban de los cuerpos
y volaban

desgreñadas, hambrientas, mordiendo el vano aire.

(Y los regantes decían sí, sí, anoche cruzaron
la luz de mi lámpara)

Tengo la carne como en salmuera,
muerte si te salva. Lo dije para que sonrieras.

Tú nunca morderías carne de idiota, no dices.

Lo hubieras dicho con displicente humor
y una palabrota.

Bromeo para el tiempo de la pena. Tú sabes cómo es eso:

Tu llanto desgarrado por mi padre muerto
fue haciéndose suave y ritual, más homenaje
que llanto.

Frente a ti, ya estamos en ese esfuerzo.

CASA JOVEN CON DOS MUERTOS

(A mi madre y a mi hermano)

La escalera va del patio a la azotea y en el tercer peldaño
 el sol relumbra,
 el solcito de los condenados relumbra siempre
 y debidamente.

El tercer peldaño es una estación
 donde el cuerpo es leve y blanco como una pastilla
 y el pensamiento intenso. Y todo es tibio
 menos los propios huesos.

Por eso

haya invierno en todo el hemisferio, pero haya siempre el
 [milagro del sol en la escalera.

Las almitas sentadas allí descansaban como al borde de un
 [abismo
 y a veces nos miraban como si nosotros fuéramos el abismo.

Mi casa es joven para tener un frondoso y primaveral
 [limonero.

Del limonero viene ahora el haiku del poeta Moritake:

*Cae un pétalo de la flor
 y de nuevo sube a la rama
 Ah, es una mariposa.*

Una equivocación bella y hórrida
 cuando sobrevuelan el patio dos mariposas pálidas.

INTERIOR DE HOSPITAL

Cómo envidiamos el largo cuello
de las garzas que se posan en la cumbrera.
Ellas pueden doblar el cuello y dormir sobre la música
de sus corazones.
Nuestros latidos están en la línea verde del monitor cardiaco
y son el ansia que miramos.

Las garzas pueden alzar el cuello como periscopios
cuando sienten el paso de otro nivel de aire. Y ya verán
si lo viajan o lo dejan seguir al Báltico helado.
Ah, si nosotros, pájaros de camisón blanco,
pudiéramos estirar el cuello
por encima de esta lenta y dolorosa danza...!
Aquí la realidad se presenta como un sutil cambio de niveles,
pero me falta atrevimiento
para asomar mi cabeza a un conocimiento definitivo:
Sólo ignoro y respiro.
A veces siento el paso de una realidad primera y prodigiosa
y me encojo
para que no se lleve mi cabeza, o la seccione.

En Berlín una cabeza volando es cosa indiferente.
En mi pueblo es un mito peligroso.

LA TEJEDORA

Mirando

a la muchacha que teje en telar de cintura
me aprieto
solitario y concupiscente
contra la yerba que crece en esta colina de mi pereza.
Mi oído
cree escuchar
el chirrido de la tierra girando sobre su eje.
Si en alguna parte suena, sería aquí.
Y entonces recuerdo el globo terráqueo de escritorio
donde jugaba
a buscar un lugar para vivir, apuntándolo con el dedo,
al azar.

Tu teoría, Copérnico,
explica la alternancia del día y la noche,
mientras los hombres buscamos
en la tierra
un lugar para vivir.

La tejedora

intercala la lanzadera
entre las mil hebras del telar, y ya se puede ver
las figuras que idealiza:
Un colibrí
frente a la flor del floripondio.

Su mano
cogiendo la lanzadera que parece puñal
 insinúa
otro movimiento, el que puede herir,
 pero no
este es un lugar apacible
 y todo se mueve con bondad.

Sería posible, Copérnico,
sumar los movimientos de su mano
con los infinitos otros de la misma índole
y hacer uno solo
para que la vida que gira sobre tu teoría
sea rápidamente bella
como en este tejido de Cajamarca?

MUSEO INTERIOR



LA GALLINA CIEGA (GOYA)

Mueves el pie en el gozne del tobillo
como llevan la música los tímidos, y luego
llamado
entras a jugar sin mucha intención a la gallina ciega.
Y así errático, así torpe
oyes las voces de los corrillos, imaginas
la cadencia plúmbea de los potitos en pera.
Las voces son muy verbales, pero entre ellas debes coger una
que te releve.
Esta casa no es tu demagógica y polvorienta plazuela
donde rápidamente cambiabas tu rol
con otro chiquillo humilde
que no ha venido.
Estas que oyes son tus nuevas voces. Pudieron ser
para tu previsible resentimiento, pero no.
El agnóstico que te confía su deseo de creer en Dios,
la descasada que parece vulnerable como chivita en pampa,
el ortodoxo y el que reconsidera las cosas, todos
son honestos
a su manera.
No son para tu resentimiento, pero tampoco para tu
[entusiasmo.
Continúa con ese ánimo. Así
siempre podrás, como otras veces, dejar la ronda,
siempre podrás hacerles con los dedos una figura obscena
y largarte.

LOS PARALIZADOS (GEORGE SEGAL)

Un inexplicable y silencioso pavor
nos detiene de repente en las calles, quedamos
paralizados, detenidos
en lo que estábamos,
como los animalitos aprisionados en un transparente
[pisapapeles de acrílico.

Nadie luce pose preparada,
nadie tiene dignidad de estatua.
Algunos estamos congelados ante el escaparate de una
[tienda de juegos de mesa
mirando infinitamente un ajedrez de piedra huamanga.
Sobre el tablero sólo han dispuesto siete piezas
y un cartelito reta al clavado público:
"Jaque mate en dos jugadas".
Yo no tengo la respuesta. Me ocupa el esfuerzo
de mantener la memoria en un punto verdadero y entrañable
para volver.

La inmovilidad de las piezas del ajedrez no es la nuestra.
A ellas las engrandece un combate, sus próximos
dos movimientos
finales y fatales
que matarán un rey.
Nosotros despertaremos de este detenimiento

para concluir nuestra acción interrumpida, la que iba
a continuarse con otra
igual de enésima y gregaria.

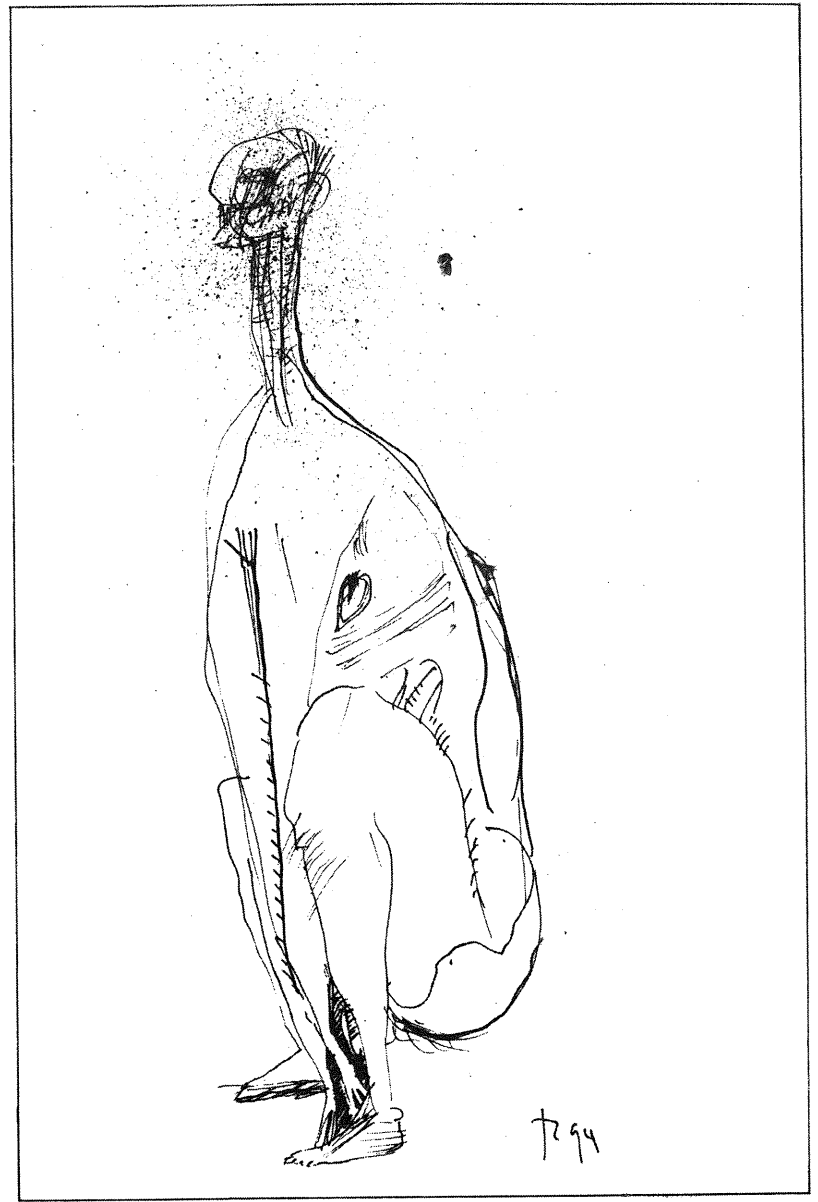
EL GRITO (EDVARD MUNCH)

Bajo el puente de Chosica el río se embalsa
y es de sangre,
pero la sangre no me es creída.
Los poetas hablan en lengua figurada, dicen.
Y yo porfío: No es el reflejo del cielo crepuscular, bermejo,
en el agua que hace de espejo.

Oyen el grito de la mujer
que contemplaba el río desde la baranda
pensando en las alegorías de Heráclito y Manrique
y que de pronto vio la sangre al natural fluyendo?
Ella es mujer verdadera. Por su flacura
no la sospechen metafísica.
Su flacura se debe a la fisiología de su grito:
Recoge sus carnes en su boca
y en el grito
las consume.
El viento del atardecer quiere arrancarle la cabeza,
miren cómo la defiende, cómo la sujeta
con sus manos
a sus hombros: Un gesto
finalmente optimista en su desesperación.
Viene gritando, gritando, desbordada gritando.
Ella no está restringida a la lengua figurada:
Hay matarifes
y no cielos bermejos, grita.

Yo escribo y mi estilo es mi represión. En el horror sólo me permito este poema silencioso.

CODA



DE LA POESÍA

El niño entró en la sombra de su árbol de extramuros
donde dejaba diariamente sus quehaceres de intestino.
Y si otro niño en árbol vecino se acuclillaba
y se aliviaba
brotaba entre ambos
la honrosa complicidad en la depuración
del buen animal.

Esta vez, sin embargo,
una visión suspende al niño, lo fija
con estupor

bajo su árbol:
En medio de una anterior limpieza
crecía
una incipiente y trémula plantita.

Y lo estremeció la imaginación del viaje
de la pequeña menestra
a lo largo de su cuerpo, su recorrido indemne,
incontaminado
y defendiendo
en su íntimo y delicado centro
el embrión vivo.

Y en la memoria del niño,
con difícil contento,
comenzó a elevarse para siempre
la planta mínima, tu principio, tu verde banderita,
poesía.

ARTE POÉTICA

Deja tu alfiler de entomólogo, poeta:
Las palabras no son mariposas con teta.

Sentado en la cima del osario
preguntas: Seré yo el nuevo notario?

Pasan muchas frases de hombro caído,
tú las quieres con un poquito de sonido.

Las palabras, o mejor, las vampiro
ya vienen volando con lujurioso suspiro.

Pronto serás tú, entre gozoso y aterrado,
el mamado.

Índice

LA ZARZA

- La estación del arenal 11
- En el desierto de Olmos 13
- El acuerdo 15
- En el cauce vacío 17
- Camposanto 19

EL OTRO CUERPO

- El ciervo 25
- La oruga 27
- Las rodillas 29
- El gato 31
- El puente 33

HISTORIA NATURAL

- La cura 39
- El esqueleto 41
- La bicicleta 43
- La silla perezosa 45
- A la noche 47
- A los '70s 49
- Canción del pescador dominical 51
- La deshabitada 53
- A tus orejas 55

La ardilla 57
Melodrama 59
Este olor, su otro 61
Alrededor de mi hermano Juan (i.m.) 63
Mamá cumple 75 años 65
La muriente 67
Casa joven con dos muertos 69
Interior de hospital 71
La tejedora 73

MUSEO INTERIOR

La gallina ciega (Goya) 79
Los paralizados (George Segal) 81
El grito (Edvard Munch) 83

CODA

De la poesía 89
Arte poética 91